

## CAPITULO XCVII.

Campana del infante D. Felipe en el Piamonte.—Nuevo plan de campana.—Actitud de las potencias.—Adhesion de Génova.—Operaciones del ejército franco-hispano.—Maillebois y Schulemburg.—Entrada en el Monferrato y avance hasta Alejandria.—Conquistas del ejército franco-hispano-genoves.—Posesion de Parma.—Derrota del rey de Cerdeña y entrada en Milan.

En tanto que tenían lugar los acontecimientos referidos en el capítulo anterior en el Mediodía de Italia, el infante D. Felipe, á la cabeza de un ejército de sesenta mil hombres, franceses en su mayor parte, con el príncipe de Conti penetraba por las gargantas de Tenda, dirigiéndose á las llanuras del Piamonte, tomaba á Niza y los puestos atrincherados de Montalvano y Villafranca, y hacia retirar las tropas sardas que defendían las montañas y desfiladeros. Pero no pudiendo sostenerse en un país tan estéril, dividióse el ejército en varias columnas para penetrar en los profundos valles que cortan la cumbre más elevada de los Alpes, teniendo que luchar con todos los obstáculos de la naturaleza, con rocas, torrentes, tormentas y precipicios.

Una division franco-española ocupó á Oneglia el 6 de junio de 1744, y bajando despues de Col de l' Agnello y otras alturas á los valles del Piamonte, se apoderó de algunas fortalezas cerca de Monte-Cavallo y de Castel-Dellino en julio de 1744. El rey de Cerdeña se retiró á Saluzzo por temor de que le cortara alguna columna. Los franco-hispanos, despues de rendir á Demont el 17 de agosto, pusieron sitio á Cuneo, única plaza que les impedía ya bajar á las llanuras del Piamonte. Pero tenía una fuerte guarnicion mandada por un buen general; los habitantes tomaron tambien las armas; de los montes circunvecinos bajaban los naturales á interceptar los pasos al ejército, y cuatro mil alemanes llegaron en auxilio del rey de Cerdeña.

A pesar de todo, fué Carlos Manuel rechazado, teniendo que retirarse de noche, despues de un mortífero combate; abrióse trinchera en la plaza el 13 de setiembre, mas como el cerco no era completo, logró el Rey con mucho trabajo introducir un refuerzo considerable de tropas, con provisiones de guerra y boca, que hizo prolongar y dificultó las operaciones del sitio. Como escaseaban los víveres para los sitiadores y la estacion avanzaba, amenazando cerrar las nieves el paso de los Alpes, y tenían delante el ejército sardo, determinó el infante levantar el asedio el 22 de octubre. Retrocedió el ejército á Demont, voló sus fortificaciones, y subiendo otra vez los Alpes, bajó lentamente al Dellinado, donde llegó extenuado de cansancio y privaciones.

Este resultado, si tal puede llamarse, tuvieron las campañas combinadas en una y otra region de Italia durante el año de 1744.

Hay un escritor extranjero, William Coxe, que dice textualmente: «Apénas se hallará en la historia de las guerras una campana comparable á la de Italia en 1745, ya sea en cuanto al atrevimiento de los planes militares, ya en cuanto á la rapidez con que se ejecutaron. La experiencia de los años anteriores había enseñado á las cortes de Versalles y Madrid que todos los esfuerzos que se hiciesen para conducir un ejército á través de los Alpes serían perdidos, en tanto que no pudiesen, ó contar con un apoyo duradero en las posesiones de los estados italianos, ó reunir una escuadra bastante poderosa para tener seguras las comunicaciones marítimas. Tambien se habían convencido de la ineficacia de los ataques particulares y aislados contra los ejércitos reunidos de Austria y Cerdeña; porque era evidente que el enemigo podía cuando quisiera reunir todas sus fuerzas en un punto determinado, y que siendo dueño de los desfiladeros que comunican de Alemania á Italia, podría fácilmente hacer que llegasen socorros al teatro de la guerra. El plan de esta campana fué, pues, concebido con más audacia, y ofrecía probabilidades de resultados más importantes, si salía bien, que todos los de los años anteriores.»

Por nuestra parte, conformes con este parecer, debemos añadir que este plan era tanto más necesario cuanto que la muerte del elector de Baviera, que tres años ántes había sido nombrado emperador de Alemania en Francfort, mejoró notablemente la posicion de la reina María Teresa de Hungría respecto á la cuestion imperial; el rey de Polonia le envió el considerable auxilio de cuarenta mil hombres; Inglaterra aumentó sus escuadras y dió cuantiosas sumas para los gastos de la guerra; podía hacer con ventaja la del Norte y atender con desahogo á la de Italia.

En cambio los Borbones se habían reforzado con la adhesion de la república de Génova, ofendida de que en el tratado de Worms se hubiera hecho al rey de Cerdeña la cesion de Finale; y Génova era posicion central y un excelente punto para todas las operaciones militares de los aliados de la familia de Borbon. Así, pues, el plan era reunir en las cercanías de Génova los dos ejércitos que habían hecho las campañas de la Italia meridional y septentrional, y unidos á los diez mil auxiliares que daría la república penetrar en el Milanesado, diviendo los austríacos de los sardos, y cuando dominaran desde los Apeninos hasta las montañas del Tirol, caer sobre las divisiones aisladas de los enemigos.

Para poder realizar este plan fué llamado el conde de Gages, á fin de que viniera á incorporarse con el infante D. Felipe y su ejército de Provenza. Aquel activo general, que había obligado al austríaco Lobkowitz á evacuar á Rimini, que cruzando la falda de los Apeninos había ido siguiendo y ahuyentando los alemanes hasta las inmediaciones de Módena en marzo y abril de 1745, y que se preparaba á desalojarlos de allí para invadir el Milanesado, obedeciendo la orden que recibió, púsose en marcha para Génova,

franqueando otra vez los Apeninos por el paso del monte de San Pellegrino, trepando por elevadas montañas y por escarpadas cumbres, cubiertas de nieve, que nadie había pisado, venciendo mil dificultades, sufriendo aquellas terribles borrascas tan comunes en los Alpes, siempre animosos él y sus soldados, aunque veían perecer muchos caballos yertos de frio. En el estado de Lucca encontró algunos víveres, de que su tropa tenía buena necesidad. Pero el paso del torrente de Magra, engrosado con las lluvias y las nieves derretidas, le presentaba nuevos obstáculos que á otro hubieran parecido insuperables. El primer puente que echó lo arrolló la fuerza y rapidez de la corriente; pero echó el segundo y pasó el ejército, no sin que la retaguardia fuera atacada por tropas austríacas irregulares que cruzaban los montes vecinos. Al fin, despues de muchos trabajos sufridos con heroica firmeza, llegó con su fatigado ejército á Génova en mayo de 1745, sin saber que entraba en una república aliada, é ignorando el plan para que había sido llamado. Acompañóle el duque Francisco de Módena en aquella penosa marcha.

Entre tanto, el ejército español que mandaba el infante D. Felipe se había reforzado en Provenza, y habíanse enviado grandes provisiones de guerra á Niza, donde habían de reunirse las tropas francesas mandadas por Maillebois, que había sustituido al príncipe de Conti.

Gages y el duque de Módena se habían situado en el famoso paso de la Rocheta. El ejército combinado, contando con los diez mil genoveses, ascendía á más de sesenta mil hombres.

Por todos lados se formaban tormentas contra el rey de Cerdeña Carlos Manuel.

Lobkowitz había sido llamado á Viena, y el conde de Schulemburg, que le reemplazó en el mando de las tropas austríacas, ocupó á Novi y el valle de Lluenuno, para oponerse á la entrada del de Gages y el de Módena.

Carlos Manuel se situó en los Apeninos para defender el Monferrato, amenazado por el infante español y por el frances Maillebois. Mas nada bastó para contener el ímpetu y detener el torrente de las fuerzas aliadas.

A principios de julio el conde de Gages y el duque de Módena rechazaban á los austríacos sobre Rivalta, los lanzaban de Voltaggio y ocupaban á Novi, en tanto que D. Felipe y Maillebois se arrojaban con rapidez sobre el Monferrato, echaban á Carlos Manuel con sus sardos del otro lado de la Bormida, se apoderaban de Acqui y avanzaban á Alejandria.

Schulemburg con sus alemanes y gran parte de los saboyanos que se le reunieron, se fortificó en su campo, defendido por Alejandria, el Pó y el Tanaro.

Entónces el ejército combinado franco-hispano-genoves descendiendo y se derrama por Vogliero, Serravalle, Tortona, Plasencia y Parma, en agosto y setiembre, se apodera de todas aquellas ciudades, y el marqués de Castelar toma posesion, en nombre de la reina Isabel de España, del gobierno de aquellos antiguos estados de la casa de Farnesio.

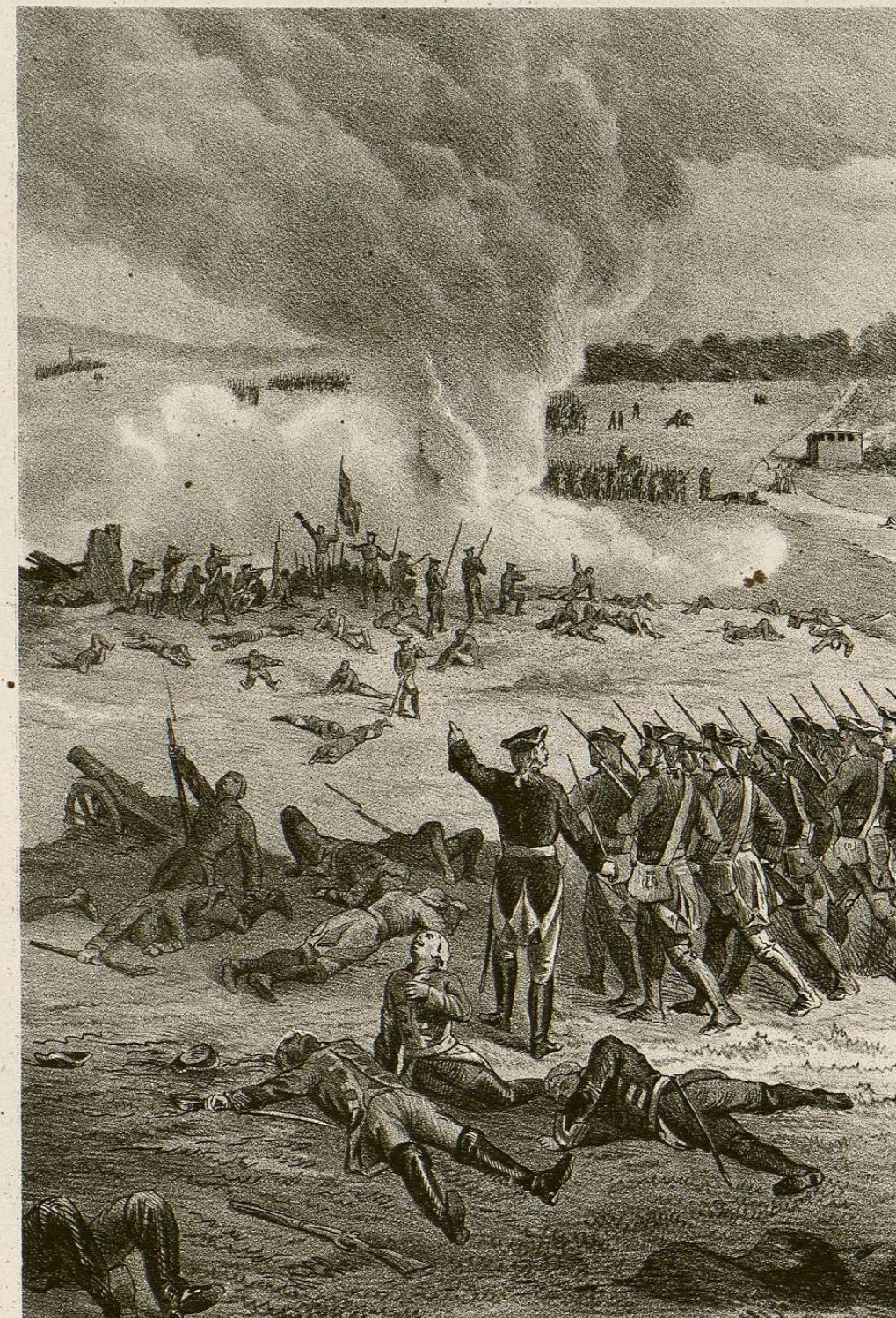
Dueños de todo aquel país, pasa el de Gages el Pó con tres mil granaderos, y el general austríaco destaca cuatro mil hombres para cubrir á Milan; pero los granaderos españoles revuelven de improviso sobre Pavia y toman la plaza la noche del 21 al 22 de setiembre.

Levantando con esto su campo los austro-sardos y se separan: Schulemburg va del otro lado del Pó; Carlos Manuel se queda cerca de Basignana: las tropas de los Borbones vadean el Tanaro en tres columnas con el agua á la boca, sorprenden y atacan al rey de Cerdeña al amanecer del 23 de setiembre, arrollan su caballería, derrotan su ala izquierda, y cuando Schulemburg acude al ruido del cañon encuentra ya al ejército de los Borbones dueño de las orillas del Pó, y gracias que el rey de Cerdeña se ha salvado con unos pocos jinetes.

Sin embargo, aún logra el alemán, haciendo un rodeo, incorporarse al ejército vencido, y librarle de una destruccion completa. Mas ya los españoles y franceses pudieron emprender el sitio de Alejandria, que concluyó por abandonársela el gobernador sardo el 12 de octubre, y á los pocos días, el 30 del mismo mes, otro cuerpo se apoderaba de Valenza. En ménos de otro mes se hicieron dueños de Casale y de Asti, de cuyas plazas tomó posesion Maillebois en nombre del rey de Francia, mientras el de Cerdeña se retiraba á Trino y Vercelli.

De repente el infante D. Felipe con el duque de Módena, y contra el parecer del general frances, toma la direccion de Milan. Los milaneses, con la idea de ver transformado su país en ducado independiente, le envían las llaves de la ciudad, y entran Felipe y el Duque en Milan pacíficamente el 20 de diciembre de 1745 y en medio de las aclamaciones del pueblo.

Lodi, Como, y otras ciudades, se apresuran á prestar homenaje al príncipe español. El conde de Gages, colocado á la márgen izquierda del Tessino, contenía á los austríacos que ocupaban la orilla opuesta. Sólo quedaban por conquistar Mantua y las ciudades de Milan, Asti y Alejandria, que estaban bloqueadas.



FUNESTA BATALLA DE PLASENCIA

## CAPITULO XCVIII.

Negociaciones entre Francia y Cerdeña.—Arteria conducta del rey Carlos Manuel.—Preliminares de paz que rechaza España.—Rompe el rey de Cerdeña su compromiso.—Cambian de aspecto las operaciones en el Norte.—Gran refuerzo de austriacos en Italia.—Ventajas de los austro-sardos.—Abandono de Milan y pérdida de las anteriores conquistas.—Derrota en el Trebia de los franco-hispanos.—La corte de Francia consigue que la de Madrid modere sus pretensiones.—Muerte de Felipe V.

CUANDO ya Isabel de Farnesio se lisonjaba con ver la corona de Lombardia sobre las sienes de su segundo hijo, y mientras Felipe se divertía en Milan entre músicas y fiestas, mediaron negociaciones y tratos que hicieron mudar enteramente la faz de los negocios. Francia había hecho todo género de tentativas para separar los intereses del rey de Cerdeña de los de María Teresa de Austria, y Carlos Manuel, inaccesible al principio á todas las proposiciones y ofertas, ofendido luego por el comportamiento de los austriacos, mostróse dispuesto á admitirlas, y ya estaban convenidos los preliminares entre los ministros de ambas monarcas, cuando la noticia de la paz de Dresde concluida entre María Teresa y los reyes de Prusia y Polonia el 25 de diciembre de 1745, vino á hacerle mudar de pensamiento.

La Emperatriz había quedado desembarazada para enviar á Italia un cuerpo de treinta mil hombres, que bajaba ya de los Alpes trentinos hacia el Pó. Esto desconcertó á la corte de Versalles y la puso en el caso de proponer al rey de Cerdeña un proyecto mucho más ventajoso que ántes. Las condiciones de este proyecto eran: que se darian al infante D. Felipe los ducados de Parma y Plasencia, el Cremonés con Pizzighitone y la parte del Mantuano entre el Pó y el Oglio; al rey de Cerdeña todo el Milanesado con sus dependencias sobre la derecha del Pó hasta el Scrivia; á la república de Génova, Serravalle y Oneglia; al duque de Módena se le devolverían sus estados con la parte del Mantuano situada á la margen derecha del Pó, y con el derecho de sucesion al ducado de Guastalla; la Toscana pasaría á Carlos de Lorena, puesto que su hermano Francisco ocupaba el trono imperial; Francia no pedía para sí sino un pequeño territorio sobre los Alpes; además se formaría una liga italiana para hacer frente á la confederacion germánica, que era sobradamente poderosa.

El rey de Cerdeña fingió consentir en este arreglo, y de tal manera supo contemporizar con Francia, no obstante que interiormente estaba resuelto á no separarse de la alianza con Austria, que llegaron á firmarse los preliminares el 17 de febrero de 1746; todo con objeto por parte del astuto Carlos Manuel de dar lugar á que llegaran á Italia las tropas alemanas, esperando además que la negativa que suponía por parte de España le sacaría del compromiso de observar los preliminares; y tuvo la suerte de que todo sucedió á medida de su deseo.

Los monarcas españoles se resentieron vivamente contra la corte de Francia, que así abandonaba á su hijo en la ocasion más crítica, cuando un ejército de ochenta mil hombres estaba próximo á enseñorearse de toda Italia, cuando el rey de Cerdeña estaba separado de los austriacos y en peligro de perder las pocas fortalezas que aún poseía; miraron el tratado de Turin como una infraccion injustificable del de Fontainebleau, acusaron al ministro francés de dar perniciosos consejos al Rey, su sobrino, y enviaron á Versalles al duque de Huescar como embajador extraordinario, para que, en union con el marqués de Campo-Florido, procurara deshacer la negociacion. Esta negativa de la corte de España á la aceptación de los preliminares, junto con la llegada á Italia de los refuerzos austriacos que obligaron á los españoles á fijar su atencion en la defensa de Parma, Plasencia y Guastalla, dió á Carlos de Cerdeña el pretexto que apetecía de dar por nulo el tratado, y declaró al general frances Maillebois que el armisticio quedaba roto, y por lo tanto uno y otro en completa libertad de accion.

Mudóse, pues, de repente la escena en el teatro de la guerra. Abrió Carlos Manuel la campaña el 5 de marzo de 1746, atacando á Asti, que se le rindió al tercer día, quedando prisioneros cinco oficiales generales, trescientos sesenta oficiales y cinco mil soldados. Maillebois, que iba en su socorro, recibió en el camino la noticia de la rendicion.

Los españoles llamaron sus tropas hacia el Parmesano, sacaron á los napolitanos y los genoveses de Alejandría, y entonces los franceses abandonaron tambien esta ciudad, cuando tenían reducida á la mayor extremidad la ciudadela. El infante D. Felipe y el duque de Módena, amenazados por una division austriaca, huyeron de Milan una mañana ántes de romper el día, y apenas habían salido, cuando la ocupó un regimiento de húsares alemanes. Diseminadas las fuerzas españolas y empleadas en guarnecer diferentes plazas, las de Luzara y Guastalla fueron arrojadas por un considerable cuerpo de austriacos. El marqués de Castelar, que ocupaba á Parma con ocho mil hombres, no pudo ser socorrido por el conde de Gages, que se limitó á llamar la atencion del enemigo hacia el Taró; pero le proporcionó salir á través de los puestos de bloqueo despues de haber sufrido penosas privaciones, y cuando llegó á la montaña de Pontremoli había perdido casi la mitad de su gente. Parma fué ocupada por el enemigo, y los españoles que habían quedado en la ciudadela fueron hechos prisioneros. A los pocos días el rey de Cerdeña tomaba á Valenza por capitulacion.

El de Gages levantó su campo del Taró, y fué empujado por los austriacos hasta el Nura. Lo único que consoló de tantos reveses á los españoles, fué una sorpresa que el general Pignatelli hizo á un

cuerpo de cinco mil hombres en Codegno, derrotándole completamente. Pero los imperiales, mandados ya entonces por Lichtenstein, como general en jefe, cañonearon y destruyeron el seminario de San Lázaro, en que los españoles se habían fortificado, y desde aquel punto bombardearon la ciudad de Plasencia. Los fuertes de Rivalta y Montecicazio cayeron en poder de los de Austria el 4 de junio de 1746.

Al fin, el general frances Maillebois, que había ido retirándose sucesivamente de todas las plazas, y se había situado en el alto del Monferrato para hacer frente lo mejor posible al rey de Cerdeña, cediendo á las instancias que desde Plasencia le hacía el infante don Felipe, dejó aquellas posiciones y marchó aceleradamente en su socorro, incorporándose felizmente despues de su precipitada marcha con los españoles á orillas del Trebia.

Tan luego como se verificó la reunion, acordaron dar una batalla general, y la noche del 15 al 16 de junio de 1746 cruzaron el Trebia en tres columnas, pero encontraron prevenidos á los generales austriacos, y en medio de las tinieblas de la noche se empujó un vivo combate que duró hasta la caída de la tarde del otro día. La oscuridad produjo falta de concierto y combinacion en los movimientos de los españoles y franceses, y los austriacos supieron aprovechar hábilmente aquella falta. A pesar de todo, disputóse la victoria con mucho ardor; pero habiendo salido mal á los franco-hispanos el ataque del centro, declaróse el triunfo por los imperiales. Sobre cinco mil hombres quedaron en el campo; dos mil fueron hechos prisioneros con varias piezas de artillería, banderas y otros efectos; españoles y franceses fueron rechazados á la derecha del Pó y arrojados á Plasencia; y como tenían cortadas las comunicaciones con Génova, les fué preciso mantenerse allí, sacando contribuciones y enviando á forrajear á la orilla izquierda. A mediados de julio llegó á las márgenes del Trebia el rey Carlos Manuel con el grueso del ejército sardo, é incorporado con el austriaco, que mandaba Linchtenstein, tuvieron consejo para deliberar sobre las operaciones que deberían emprender.

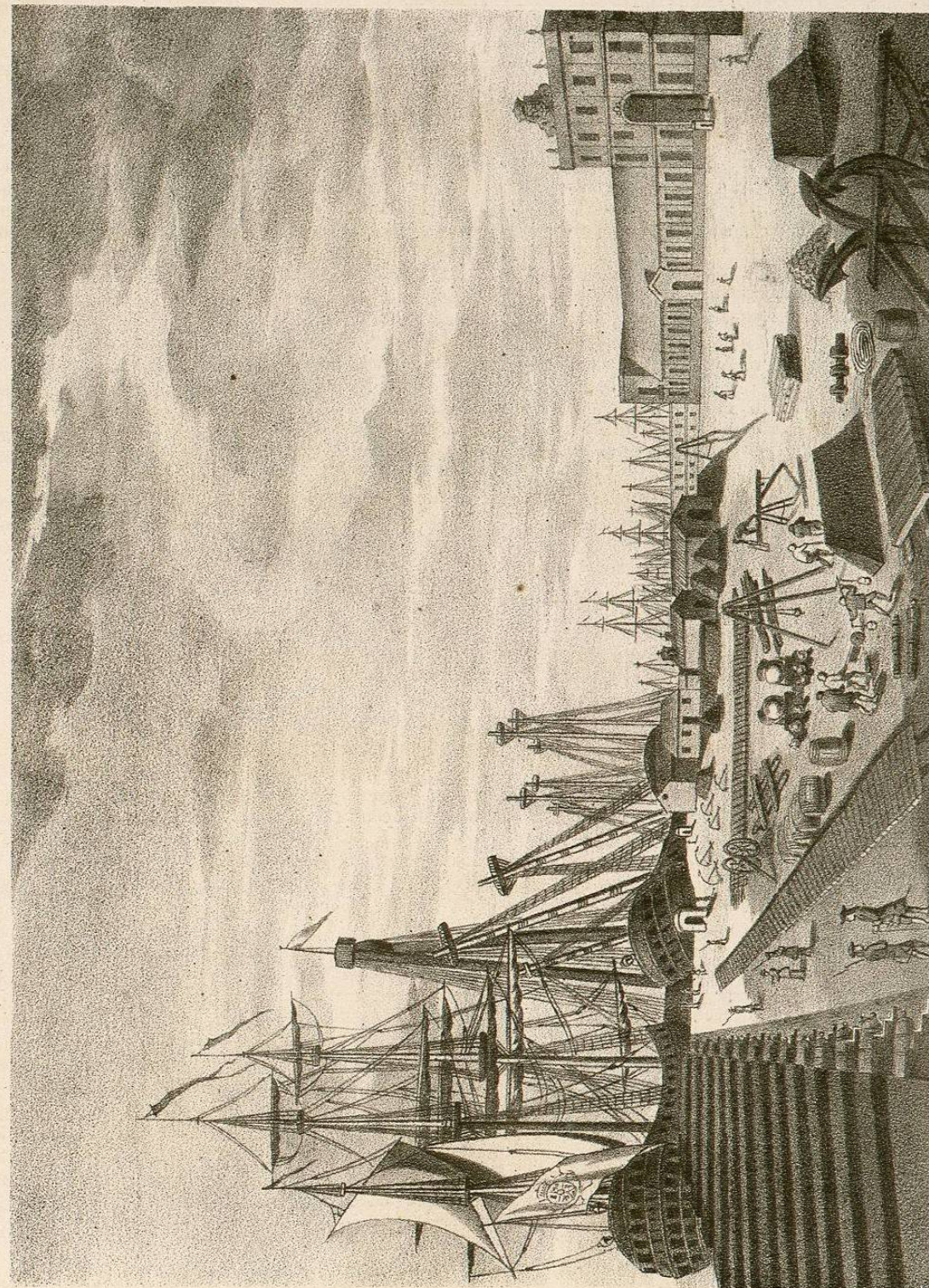
En este estado se hallaban, cuando novedades imprevistas suspendieron las operaciones de los que mantenían aquella encarnizada lucha.

Quando la campaña de Italia se presentaba tan adversa para don Felipe y los franceses, la corte de Versalles, tanto por esta razon como por haber visto frustrado su proyecto de separar al rey de Cerdeña de su alianza con Austria, envió otra vez á Madrid al duque de Noailles con dos objetos, el de calmar el resentimiento de los reyes con su sobrino Luis XV, y el de persuadirles á que no insistieran en pedir el Milanesado para su hijo D. Felipe. Noailles, á pesar de haber encontrado á los Reyes quejosos de que se les ocultase otra negociacion que el gabinete frances trafa con Holanda, tuvo habilidad y suerte para ir templando su enojo, y aún logró convencerlos de la imposibilidad en que Francia se hallaba de enviar más socorros á Italia, así como de que era indispensable circunscribir las operaciones de la guerra á un país que se pudiera conservar. Por último consiguió tambien que desistieran de sus pretensiones á Milan y Mantua; y á condicion de que estos dos ducados no fueran nunca del rey de Cerdeña, se conformaban ya con los de Plasencia y Parma y alguna otra compensacion para su hijo. En una nota que el Rey entregó al embajador, despues de consignar su derecho á la Lombardia, manifestaba la esperanza de que el Rey, su sobrino, no dejaría de proporcionar á Felipe un equivalente á los estados de Mantua y Milan, que le había asegurado por el tratado de Fontainebleau.

Sobre todo, su honra y el cariño que tenía á la Reina le obligaron, decía, á no renunciar de modo alguno al artículo en que se establecía que la reina Isabel tendría durante su vida el goce del ducado de Parma. Para asegurar al Infante en la posesion de los ducados que habían de aplicársele, proponía que las dos coronas de España y Francia contribuirían con un subsidio anual por partes iguales. Y por último, encomendaba al rey Luis XV, su sobrino, y ponía en sus manos la suerte de su esposa y la de los dos hijos de ésta, Carlos y Felipe, que era el depósito más tierno que podía confiarle.

Parecía este documento, más bien que una nota diplomática, una disposicion testamentaria, ó por lo ménos una especie de anuncio ó presentimiento de lo que iba pronto á suceder. En efecto, la salud de Felipe, además de la habitual melancolia que dominaba su espíritu, se había ido quebrantando con tantas inquietudes, y aunque hacia algun tiempo que no había padecido ataques de aquellos que hicieran temer un inmediato peligro para su existencia, no pudo resistir á uno de apoplejía que le llevó arrebatadamente al sepulcro el 9 de julio de 1746, acabando sus días en el palacio del Buen Retiro y en los brazos de su esposa, á los cuarenta y siete años de reinado y á los sesenta y tres de su edad, produciendo este acontecimiento general disgusto.

Este importantísimo suceso suspendió los ánimos de todos, esperando el nuevo giro que necesariamente habían de tomar los negocios que habían producido aquella guerra por efecto de la nueva política que había de inaugurar el sucesor de Felipe.



VISTA DEL ARSENAL DE LA CARRACA.

Copia de una estampa de la época.

Riera editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.